

Lecciones de la Guerra de las Malvinas

Por

Jorge A. Sanguinety

La fiesta apenas había empezado. Cualquiera la hubiese calificado de aburrida. Era una reunión social de cubanos, temprano todavía, sin que hubiesen llegado todos los invitados. Entonces alguien me preguntó, casi como para romper el hielo, qué me parecía el voto mayoritario en la Organización de los Estados Americanos en contra de Estados Unidos y a favor del gobierno de Galtieri. Bajos sus órdenes, las fuerzas armadas argentinas habían invadido las islas Malvinas unos días antes, tomando posesión de las mismas y declarando que así recuperaban un territorio que estaba en manos británicas desde la primera mitad del Siglo XIX. El conflicto se debatió en la OEA mientras una fuerza expedicionaria británica zarpaba hacia el Atlántico del Sur, cerca de la Antártica, para liberar el territorio de pronto gobernado por un gobierno dictatorial.

Yo no tuve que pensar mi respuesta sobre el voto en la OEA. Desde el primer momento en que supe de la invasión, decidí que la empresa no era otra cosa que una maniobra del dictador Galtieri para disminuir el repudio que sufría por parte del pueblo argentino aprovechándose de sus sentimientos patrióticos. Era una especie de populismo político, esta vez aplicado por medio de hechos y no de palabras. Las Malvinas siempre encendían el patriotismo de los argentinos y efectivamente Galtieri había calculado bien en cuanto al respaldo que tendría de su pueblo. En un instante muchos argentinos se olvidaron de los crímenes de la dictadura y de la situación desastrosa en que se encontraba el país, embriagados de un patriotismo estrictamente territorial. Con ellos parecía verificarse el viejo apotegma de “con mi patria, sin razón o con ella”.

Mi respuesta fue instantánea y categórica. Aunque no recuerdo las palabras exactas, sí me acuerdo haber criticado a los que votaron a favor de Argentina, pues de alguna manera estaban condonando la agresión de una dictadura abyecta contra la cuna de la democracia moderna de la cual todos éramos herederos y beneficiarios. El hielo no sólo se rompió sino que los pedazos se derritieron enseguida y así se animó la fiesta pero de una manera inesperada.

Para mi grandísima sorpresa, prácticamente todos los asistentes rechazaron masiva y vehementemente mi crítica al voto en la OEA, mostrándose a favor del derecho de Argentina de ocupar las Malvinas por la fuerza. Mi sorpresa era múltiple. Casi todos eran cubanos, ciudadanos americanos, plenamente integrados en esta sociedad, llevaban muchos años viviendo en Estados Unidos, creían en la democracia, eran anti-castristas, habían emigrado jóvenes de Cuba al comienzo de los sesenta y habían estudiado en las mejores universidades del país. Todos eran profesionales y varios ostentaban doctorados. Ninguno ignoraba la naturaleza de la dictadura argentina, ni que la misma era apoyada en esta coyuntura por Fidel Castro, pero parece que un sentido de identidad étnica, cultural y

lingüística tenía más peso que un sentido de identidad histórica con el país donde se había gestado por muchos siglos la democracia occidental.

Al pasar los días y cuando ya habían comenzado las hostilidades, se supo que los soldados argentinos que ocuparon las islas no estaban preparados ni para el clima de las mismas ni para un combate con una fuerza aguerrida como la que avanzaba sobre ellos. Se hizo evidente que Galtieri había calculado muy mal la reacción del Reino Unido. Uno de sus errores fue pensar que los británicos se iban a quedar con la humillación de ver su bandera reemplazada por la argentina, que no intentarían una contraofensiva o que podían ser obligados a una negociación por medio de la fuerza. Desconocía la historia de un país que se formó al filo de la espada defendiendo su territorio de toda suerte de invasores. Harold Bloom nos recuerda en su libro *The Western Cannon*, que ya en la época de Chaucer, o sea en el Siglo XIV, los ingleses eran capaces de dar su vida defendiendo sus propiedades. Es que sus propiedades eran la base de su libertad y para ellos la libertad era una cuestión de vida o muerte, no una cuestión romántica y abstracta. Ingleses y escoceses compartían los mismos valores por la libertad individual y así fueron juntos a rescatar las Malvinas.

La necesidad de defender el territorio y las libertades que van con él va aparejada con la necesidad de que el país tenga un alto nivel de credibilidad en cuanto a su capacidad de defenderse contra agresores externos. En otras palabras, no basta ser fuerte, también hay que hacérselo creer a los enemigos potenciales. Y para demostrarlo, los británicos incluyen a lo más alto de su elite en el compromiso de la defensa de sus libertades. Así vimos como un miembro de la familia real, el Príncipe Andrés, participó en las hostilidades arriesgando su propia vida.

A los 25 años del conflicto recuerdo aquella fiesta y me sigo preguntando, ¿porqué algunas personas parecen responder más rápidamente al llamado de la cultura con que se identifican por encima de otros valores, que al llamado de valores cuando los mismos forman parte de otra cultura? Sospecho que es un reflejo de la lucha entre el pensamiento emocional y el racional, donde las preferencias de valores hacia las libertades individuales y, por ende, hacia la democracia dependen más del segundo que del primero.

Washington, D.C., 12 de abril de 2007